

Cuando muere una persona por la que se ha sentido gran afecto, respeto y admiración, instintivamente uno tiende a recordar los momentos que se compartieron con él. Eso es lo que me sucedió cuando me enteré del fallecimiento de David Stitchkin. Lo que más destacó en mis recuerdos fue mi primer encuentro con don David.

Quisiera compartir con mis lectores ese momento importante de mi vida del que fue también protagonista don David. Para ello tengo que narrar las circunstancias que lo antecedieron.

Esto sucedió hace 50 años. Corría el año 1947 y yo cursaba el tercer año de Derecho y, a la vez, era funcionario administrativo de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas. Podría pensarse que con esas dos actividades tenía copada mi vida veinteañera, pero no era así. Me había picado además el bichito del teatro, y ello me llevó a incorporarme al Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, donde tenía algunos amigos. Existía en ese tiempo un departamento de radio de la Acción Católica, que solicitó cooperación al Teatro de Ensayo y los directivos de éste decidieron enviarnos a Germán Becker y a mí como

Becker

delegados.

En ese departamento nos dedicamos con Becker a hacer radioteatros, que yo escribía y Becker dirigía. Pues bien, un buen día los dirigentes de la Acción Católica nos llamaron a una reunión y en ella nos dijeron que estaban organizando un acto en beneficio del departamento de radio, que se habían conseguido el Teatro Municipal y que contaban con la actuación de un ballet infantil para la mitad de la función y querían que la otra mitad estuviera a cargo del Teatro de Ensayo, representando un auto sacramental o cualquiera otra obra corta.

Al terminar la reunión, yo salí preocupado. "¿Qué hacemos?", le pregunté a Becker. "El Teatro de Ensayo no va a tener ni tiempo ni ganas de preparar una obra para la Acción Católica". Pero Germán, con su pragmatismo habitual, me dijo: "¿No te das cuenta que ésta es nuestra gran oportunidad para que tú

# El consejo de don David



escribas y yo dirija nuestra primera obra de teatro?".

Así lo hicimos. En tres días escribí una comedia corta que titulé "El príncipe azul", y Becker enroló a algunos alumnos de la academia para que formaran el reparto.

La Acción Católica tenía un buen departamento de relaciones públicas, y comenzaron a aparecer en la

prensa anuncios sobre el próximo estreno de "El príncipe azul" del joven dramaturgo Sergio Vodanovic. Mi fotografía aparecía profusamente en los anuncios de prensa y yo comencé a inquietarme. ¿No me perjudicaría para mi futuro ejercicio profesional como abogado esta actividad teatral tan mal mirada en esa época? ¿No sería mejor suspender el estreno para evitar que mis profesores de la Escuela de Derecho se formaran una mala idea de mí?

Estaba sumido en estas cavilaciones cuando de pronto supe que había llegado a la fiscalía de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas, proveniente de

Concepción, un abogado que era una lumbrera jurídica, destacado profesor de Derecho Civil y que en su curriculum tenía el haber sido fundador del Teatro Universitario de Concepción, donde había dirigido algunas obras. Su nombre era David Stitchkin.

¿Cómo se las había arreglado él para conjugar dos actividades tan diferentes sin que su fama y prestigio

como abogado quedaran mermados?

Decidí preguntárselo directamente y un día abandoné mi puesto y me fui a la fiscalía de la Caja. Toda mi timidez se evaporó cuando entré a la oficina de don David y me encontré con un hombre joven, delgadísimo, que trasuntaba finura y afabilidad. Le planteé mi problema: ¿Cómo podía alguien que desempeñaba una profesión tan importante como la de abogado y que era profesor de Derecho realizar también una actividad tan poco estimada socialmente como la de director de teatro?

Don David se sonrió y me dijo: "Mira, Sergio, en la vida no hay actividades que sean más importantes que otras. Lo importante es hacer bien lo que tú haces. Un zapatero remendón que hace bien su oficio es más valioso que un mal abogado".

Me retiré de la oficina de don David Stitchkin aliviado y seguro. Se estrenó "El príncipe azul", fui abogado y dramaturgo al mismo tiempo y nunca olvidé el mejor consejo que jamás recibí.

Y ahora que don David ha muerto, como homenaje a un hombre que desde esa vez consideré mi maestro, doy testimonio de ese consejo que me dio y que orientó también toda su vida ejemplar.

DESUB

27

S. J. 1997-11-20 DE MARI